







**Publicado por:**

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2016, Carlos Alberto Felipe Martell

© 2016, de esta edición: Nova Casa Editorial

© 2016, del prólogo: Marco Antonio Justo Sierra

© 2016, de la introducción: Federación Canaria de Baloncesto

**Editor**

Joan Adell i Lavé

**Coordinación**

Maitte Molina

**Cubierta**

Vasco Lopes; © iStock.com / 4x6

**Maquetación**

Noemí Buesule

**Impresión**

QP Print

**Revisión**

Carlos Felipe Martell

Primera edición: Abril de 2016

Depósito Legal: DL B 6824 - 2016

ISBN: 978-84-16281-54-1



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Carlos Alberto Felipe Martell

UNA SEMANA...  
¿DE BÁSQUET?

Nova Casa Editorial



# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

(El baloncesto en Positivo) ..... 9

PRÓLOGO..... 11

AGRADECIMIENTOS..... 15

NOTA DEL AUTOR ..... 17

La jugada favorita (domingo) ..... 23

La prueba inicial (lunes por la mañana)..... 31

La agresión (lunes por la tarde) ..... 35

La protesta (martes a mediodía)..... 37

La reunión (martes por la tarde) ..... 41

El hijo de Gómez (un paréntesis)..... 53

La solución (martes por la tarde) ..... 55

La crisis (miércoles) ..... 59

Los veteranos (jueves)..... 63

La merienda (viernes) ..... 69

Jornada de reflexión (sábado) ..... 73

El partido del año (domingo)..... 75

Las consecuencias ..... 87



# INTRODUCCIÓN

## (El baloncesto en Positivo)

Estoy seguro de que nadie que lea este libro, “Una semana... ¿de básquet?” quedará indiferente. Cada uno, padre o madre, cargo directivo de club, árbitro, jugador o entrenador, se verá reflejado o no en muchas, en algunas o en ninguna de las actitudes de los personajes ficticios de este relato; y no solo desde el baloncesto, sino desde cualquier otro deporte federado que se desarrolle en categorías base y al que se pueden extrapolar muchos de los personajes y conductas que Carlos Felipe nos relata. La competición en el deporte base, la competitividad inherente a ello en el deporte federado, es hoy un tema que a todos nos preocupa.

Nuestra Federación tiene como uno de sus pilares clave el hecho de que el Baloncesto es Positivo, desde la consideración general de que el Baloncesto es Educación. Quizá esta afirmación sea demasiado generalista e incompleta. Determinados comportamientos y actitudes, algunos como los de este relato, nos cuestionan estas afirmaciones. Estamos viviendo una época marcada por la excesiva trascendencia que al resultado se da, incluso con la presencia de la agresividad en torno a un acontecimiento deportivo: padres gritando e insultando al árbitro, o jugadores/hijos emulando la conducta de sus mayores, deportistas de élite incapaces de controlar su temperamento, etc.

Desde la Federación Canaria de Baloncesto, debemos considerar los aspectos positivos y analizar algunos negativos del baloncesto que nos ayuden a comprender su importancia para la educación y la convivencia en nuestra sociedad. Es cierto que, en sí mismo, es un deporte educativo, y que algunas actitudes y conductas no son más que un indicador de los problemas estructurales de la sociedad que estamos creando. Sin duda todos, como responsables de los jóvenes, seamos padres o madres, profesores, entrenadores, educadores, políticos, tenemos la responsabilidad de cultivar y educar las emociones y prevenir la agresividad y/o violencia. En nuestra Federación creemos que tenemos que dar un paso más y no solo prevenir estas conductas, sino promover desde el baloncesto la convivencia.

Por ello, reflexionar sobre nuestro deporte desde este relato negro que nos ofrece Carlos Felipe me parece un ejercicio muy interesante. Especialmente porque, para lo bueno y lo menos bueno, para lo positivo y para lo negativo, el baloncesto lo hacemos todos. Como bien dice Carlos, “el deporte lo inventan y lo dirigen las personas”. En las manos de todos está que en cada equipo, en cada club, en cada pabellón, en cada partido, el baloncesto sea lo positivo que todos creemos, que todos queremos, y que este sea de verdad educativo para los “peques” y jóvenes que lo disfrutan.

El baloncesto, nuestro baloncesto, es positivo si se vive en positivo.

**Manuel Gómez Padilla**

Presidente de la Federación Canaria de Baloncesto

## PRÓLOGO

*Carlos: Marco, me gustaría que escribieras el prólogo del libro.*

*Yo: Yo encantado de la vida, pero ¿me podrías decir cómo se escribe un prólogo?*

*Así fue el inicio de esto que estoy escribiendo, y es que, a pesar de mi afición a la lectura y de los muchos prólogos que haya podido leer, no tenía ni idea de cómo hacerlo. Finalmente, entre la ayuda de Carlos y lo que me he informado a través de internet, pues aquí estamos, intentando “engañarte” desde el principio para que sigas leyendo y ahondes un poco más en lo que puede ser “Una semana ¿de básquet?”.*

*Es bastante paradójico que un libro como este lo escriba un padre de jugador, y el prólogo un entrenador (o por lo menos eso dice el título que me saqué en su momento); cuando termines de leerlo, posiblemente te darás cuenta de a qué me refiero. Para más inri, este entrenador ha entrenado al hijo del padre-escritor, y todo ello habiéndonos guardado el respeto a la posición de cada uno, que, aunque les parezca normal, pues, sintiéndolo mucho, no lo es.*

*Si has llegado hasta este párrafo puede ser por dos razones: o porque te has comprado el libro, o porque lo has visto en la estantería de la librería y haces lo que la mayoría de lectores: leer el prólogo a ver si te engancha (y, en tal caso, comprarlo). Una u otra son totalmente respetables, aunque, puestos a elegir, ¿qué mejor sensación que hacer*

*lo mismo que estás haciendo ahora pero en el sofá de tu casa con una buena cerveza o un vaso de vino? (a poder ser de la zona de Tacoronte, que es donde reside el escritor).*

*Uno de los motivos que me llevó a aceptar el reto de escribir este prólogo fue la visión que tiene Carlos (como padre) de lo que cree que se debe buscar en las categorías de base: FORMAR. ¿A qué me refiero con FORMAR? Pues a llegar puntual, a esforzarse, a ser buen compañero, a no poner excusas, a querer ser el mejor pero nunca creerse el mejor, etc. Si alguna de estas actitudes se te pasó por la cabeza antes de leerlas, ya hemos dado un paso importante. Por suerte o por desgracia, en las categorías de formación se le está dando cada vez más importancia al hecho de ganar, cueste lo que cueste. Pero, claro, la gran pregunta es: ¿de quién es la culpa?; ¿sinceramente?, pues no lo sé. Entre otras cosas porque en un club la tiene el directivo, en otro el entrenador, en otro el padre o la madre y en otro el propio jugador. Y esto suele pasar, principalmente, porque cada uno mira por su beneficio y no por el del club o compañeros para el/los que trabaja o entrena. Evidentemente que a todos nos gusta ganar y ser mejor que el que tenemos delante, pero también es verdad que muchas veces somos capaces de perder el norte (sabiendo claramente que es en dirección Los Rodeos) simplemente por meter un punto más que el otro, ¡un punto! Podría estar hablando o escribiendo durante horas acerca de este tema, pero es que, si sigo, estaría escribiendo otro libro antes del libro en cuestión, y, ¡hombre!, no creo que a Carlos le haga mucha gracia.*

*No me creo en posesión de la verdad, ni mucho menos, pero lo que sí tengo claro es que cometí muchos errores cuando empecé a entrenar, y que ahora sería lo primero que intentaría evitar si volviese a un equipo de formación. Sí, han leído bien, admito que cometí muchos errores y no tengo ningún reparo en hacerlo, entre otras cosas porque creo que, cuando una persona llega a ese punto, es a partir de ahí cuando empezará a mejorar en todas las facetas de su vida. Lo que me gustaría transmitir con esto es que no pasa nada porque un directivo, madre, padre, entrenador o jugador dé un paso atrás y acepte que se ha metido donde no le llaman, independientemente de que todos estemos*

*abiertos a escuchar opiniones, siempre y cuando no sean ofensivas o quieran condicionar nuestro trabajo.*

*Si algo he aprendido en estos últimos años ha sido intentar aumentar mi nivel de empatía. Creo que a poco que seamos capaces de ponernos en el lugar de la otra persona, también seremos capaces de llegar a entender el porqué de su comportamiento. Si yo como entrenador voy a hablar con un padre o una madre, pero antes de hacerlo he pasado por una tienda de antigüedades para comprarme una armadura de la época medieval, pues posiblemente no escucharé lo que me quiere decir ni sabré los motivos por los cuales me lo dice. De igual forma, si yo como padre, antes de ir a hablar con el entrenador, también paso por esa tienda para comprar una maza o una espada de esas que usaban en los duelos de caballeros (aunque este no lo vaya a ser precisamente), pues posiblemente tampoco llegué a escuchar lo que me quiere decir el entrenador. Piensen una cosa, todos queremos que se nos escuche, no que se nos oiga. A partir de ahí, creo que se pueden mejorar muchas cosas.*

*Evidentemente, a estas alturas del prólogo, mi objetivo no es que te compres el libro, porque quiero pensar que ya lo has hecho; en esta última parte simplemente me quiero centrar en transmitirte que te tomes su lectura desde un modo empático. El reto que te propongo como lector es que, a medida que vayan apareciendo personajes, te vayas poniendo en el lugar de cada uno y que cierres los ojos para intentar visualizar la situación desde ese punto de vista, e intenta sentirte como se sentiría el personaje. Después de leer esto, me imagino que lo que toca pensar es: “¡Menudo tío tarado!”. Pues sí, lo estoy un poco, como lo puede estar Carlos a la hora de haberse lanzado a la piscina y haber escrito sobre un tema que está en boca de todos pero sobre el que nadie se había atrevido a escribir. Yo siempre he pensado una cosa: todos creen que algo es una locura hasta que alguien lo hace. No sé si el libro les gustará o no, pero lo que sí creo que va a conseguir es que, por un momento, hagamos examen de conciencia desde nuestra posición en este deporte. No se sientan atacados, no creo que sea el objetivo de Carlos, todo lo contrario. Con este libro está tratando de ayudar a*

*este deporte al que tanta gente quiere y que nos podemos cargar si nos miramos el ombligo.*

*Para terminar, me gustaría darle las gracias a Carlos por brindarme la oportunidad de poder contribuir, de alguna forma, a que este libro tenga una repercusión lo suficientemente importante como para que el mundo del deporte en las categorías de formación sea un poco mejor, más concretamente el baloncesto. Carlos puede escribir este libro con este fin, yo aportar mi grano de arena con el prólogo, pero el que realmente va a hacer que este libro tenga la importancia necesaria vas a ser tú. Sí, tú, el que está delante de esta hoja, sea directivo, entrenador, padre/madre o jugador, porque, sin ustedes, este deporte no tendría ningún sentido, y debemos intentar conseguir entre tod@s que ese sentido sea el más correcto posible, y que, poco a poco, vayamos sintiéndonos orgullosos de lo que aportamos para que eso suceda. ¿Sabes qué?, que estoy seguro de que lo vas a hacer, simplemente porque te gusta este deporte igual que me gusta a mí, y, si muchos lo han hecho, ¿por qué no lo vas a hacer tú?*

*Siempre me ha gustado terminar con una frase que pueda resumir brevemente todo lo que cuento, ya sea en un entrenamiento, en una charla o, como en este caso, en un prólogo:*

**“LO MÁS IMPORTANTE DE LA COMUNICACIÓN  
ES ESCUCHAR LO QUE NO SE DICE”**

*Peter Drucker*

**¡DISFRUTEN DEL LIBRO!**

**Marco Antonio Justo Sierra**

*Entrenador Ayudante Iberostar Tenerife ACB*

## AGRADECIMIENTOS

Dado que soy un escritor habitual de intriga, mi incursión en este nuevo género ha sido toda una sorpresa para mí, pero cuando esa vocecita llamada inspiración te reclama tienes que acudir a su llamada. Y aunque ese susurro haya llegado a mi cerebro en un momento concreto, sí es cierto que la base de esta inspiración tiene un recorrido histórico y se la debo al Club Baloncesto Tacoronte. Indirectamente, también a mi hijo Isaac, cómo no, por haber elegido este deporte para su formación física. Ese balcón impagable, ese palco sensitivo, cedido por el Club Baloncesto Tacoronte, me ha permitido, a lo largo de varios años, descubrir, analizar, sorprenderme, aborrecer y disfrutar de los entresijos del deporte de base. Todo un regalo de lujo que no podría valorarse económicamente.

Me gustaría dejar claro que todas las deducciones que puedan extraerse de la lectura de este libro no se centran, ni mucho menos, en el Club Baloncesto Tacoronte. Me he basado en la observación y análisis de un incontable número de equipos. He observado a dirigentes, jugadores, aficionados y entrenadores de decenas de clubes, y a partir de ahí surge esta obra.

En la parte personal, quiero dar encarecidamente las gracias a Marco Antonio Justo Sierra, Entrenador Ayudante del Iberostar Tenerife en el momento de escribir estas notas, por regalarme toda su generosidad y su apoyo incondicional desde el instante en que



le conté mi proyecto, incluso antes de haber leído el contenido. Marco, con una personalidad firme y arrolladora, se caracteriza, bajo mi punto de vista, por ser alguien de ideas muy claras y, a la vez, muy estrictas. Sin embargo, ese encorsetamiento lo compensa con una sobredosis de sentido común que suele validar con nota esas ideas suyas, haciendo que sea muy difícil refutarlas. Estoy seguro de que Marco, algún día, nos sorprenderá con una publicación seria y rigurosa de sus conocimientos sobre este deporte.

Seguramente, cuando este libro llegue al mercado, habrá muchísima más gente con la que haya contraído alguna deuda de una forma o de otra; prometo hacerles un merecido reconocimiento en futuras (si las hubiere) ediciones.

## NOTA DEL AUTOR

En el momento de registrar esta obra, mientras subía las escaleras que me conducían a la oficina del Registro de la Propiedad Intelectual en Santa Cruz de Tenerife, sita en la última planta de la Casa de la Cultura, se me ocurrió pensar en las posibles reacciones del público al leer el contenido; sobre todo en las de aquellas personas relacionadas con el mundo del baloncesto. En realidad el libro es extrapolable al deporte base de cualquier disciplina, principalmente de las más populares, pero lo he centrado en el básquet por ser la que más he vivido de cerca. Vaya por delante el reconocimiento de mi ignorancia sobre los aspectos técnicos de este deporte. De hecho, este libro no trata de aspectos técnicos. Trata del entorno, de todo lo que rodea al baloncesto en las categorías inferiores.

Durante varios años he podido vivir, como padre, una especie de visita no guiada a lo largo de todo tipo de canchas, pabellones, clubes y colegios. La parte “no guiada”, al menos, me la he buscado yo. He escuchado a dirigentes, madres y padres, entrenadores, niños y árbitros. Y he oído de todo. Mis sensaciones al respecto se resumen en la existencia de una enorme dispersión entre el sentido común y la aberración, de manera que la mayoría de comportamientos suelen posicionarse en uno de estos dos polos extremos.

Pues bien, de camino al registro me planteé cómo podría tomarse esta obra la familia baloncestística, aunque no llegué a una conclusión clara. Soy consciente de que una crítica no tiene por qué ser dañina, máxime cuando va cargada de una pretendida y pretenciosa finalidad didáctica. Pero si dicha crítica la armamos con un afiladísimo sarcasmo (y eso es lo que he hecho), es posible que la mala baba arañe las conciencias más susceptibles.

Quiero dejar claro que, en cualquier caso, he censurado un poco la historia antes de escribirla. Me explico. Mi punto de partida inicial, o fuente de inspiración, se centraba en la creencia sobre la existencia de dos términos peligrosos en el deporte de base: *competitividad* y *trascendencia*. Dado que soy muy radical, yo abogaría por erradicar la competitividad del deporte de base, pero hacer esa insinuación implica que un noventa y cinco por ciento del mundo echará sus manos a tu cuello. Es tabú. Su argumento (del noventa y cinco por ciento del mundo) es que el deporte, por definición, tiene que ser competitivo, y ese dogma es incluso aplicable a la fase de formación. Así que, tratando de ser algo más conservador para reducir aquel porcentaje y contar con más apoyos (¡con más lectores!), tomé la decisión de olvidarme de repudiar el término *competitividad* (así mi cuello no sufrirá tanto y mis libros se venderán más) y ensañarme solo con la *trascendencia*. Seguro que seremos muchos los que, al menos, convendremos en la necesidad de aniquilar la palabra *trascendencia* del deporte de base.

Si no existiera la *trascendencia*, si no fuera tan importante ganar o perder:

- Los clubes no se vanagloriarían con los triunfos de sus canteras y se centrarían en la formación.
- Los entrenadores no estarían tan presionados por la necesidad de ganar para agradar al club.
- Los árbitros no serían víctima de la protesta airada y la presión absurda de los entrenadores.

· Las madres y padres de los jugadores desarrollarían un carácter más civilizado. La gente que rebuzna, incluso en los partidos amistosos, lo hace simplemente por rutina, pero la base de esa rutina es el hambre de victoria: la *trascendencia*.

Pero ¿cuál es el alimento de la palabra *trascendencia*? El deporte lo inventan y lo dirigen las personas. El veneno deportivo *trascendencia* no es más que un reflejo de otro virus humano: el *delirio*. El deporte de base está sometido a una ilusoria profesionalización delirante, un espejismo que solo existe en las alucinantes y fantasiosas mentes de varios padres y directivos. Por concatenación, a veces, tampoco escapan los técnicos ni los propios niños, auténticas víctimas de esta atrocidad competitiva en la que se convierte lo que debería ser una mera formación física y deportiva.

Los *delirios* podemos desagregarlos a cuatro niveles: arbitrales, de los clubes, de jugadores y de padres. No he encontrado base empírica suficiente para incluir el delirio de los entrenadores. Dicho delirio, en caso de existir, no suele ser más que una extensión del delirio del propio club. Pasemos a definir los cuatro delirios.

El delirio que desarrollan los clubes es el delirio de grandeza. Un club pretende, por encima de todo, ser grande. El problema radica en la manera en que cada uno interpreta el concepto de grandeza. El club que entienda que ser grande significa ganar, está perdido. Y este es el meollo de todo, pues los clubes son el epicentro de este volcán delirante llamado deporte de base, y detentan la máxima responsabilidad. Son los propietarios exclusivos de la palabra *trascendencia*. Según el uso que hagan de la misma, según que decidan alimentarla o aniquilarla, el efecto dominó determinará el comportamiento del resto de agentes.

Los árbitros son capaces de desarrollar dos tipos diferentes de delirio. En el aspecto disciplinario, un árbitro, por su perfil, por su profesión, puede desarrollar delirios de autoridad, y, como tal, es posible que, si lo provocas, quiera demostrar ese poder de forma

más contundente de lo que dicta el sentido común. Pero un árbitro también suele desarrollar delirios de justicia. Él es el primer interesado (más bien, obsesionado) en ser justo en todas y cada una de sus apreciaciones técnicas. Por eso, el aspecto técnico no se le debe discutir; cualquier posible error de un colegiado debe ser tolerado, todos nos equivocamos. Estoy convencido de que si no presionamos al árbitro, si no protestamos sus decisiones técnicas, jamás va a exhibir sus delirios de autoridad. Permitámosle que disfrute con sus delirios de justicia.

Los jugadores pueden germinar delirios de estrella. En principio no debe causar extrañeza, es algo típico de las edades, pero es un aspecto que se debe cuidar con mimo. Debajo del brillo de una estrella siempre hay una esencia, y es importante dejarla salir. Existen entrenadores (como extensión del club al que representan) que permiten, e incluso alientan, el desarrollo de esos sueños infantiles majestuosos porque creen que así los niños evolucionarán más y llegarán más lejos. Ignoran el daño que pueden hacerles al no poner un poco de medida, pues, cuando la estrella se desgaste y se apague (¡que se apagará!), su propia oscuridad impedirá que surja la esencia secuestrada.

Por último están los delirios genéticos de madres y padres ("*Mi hijo es el mejor*"). Bajo mi perspectiva (y sé que choca con la de muchos clubes), se trata del elemento menos importante de todo este desatino; el menos importante pero también el más peligroso. Cuando algo deviene peligroso es presa fácil para culpabilizarle de todos los males. Mi punto de vista es que madres y padres son el agente menos importante por ser el más pasivo, el más manipulable; claro está que esto es un arma de doble filo y, por eso, puede convertirse en el más peligroso. Seguramente la palabra "manipulable" no sea la más justa. O igual sí, pero es un poco cruel. Digamos... que padres y madres suelen ser un gran elemento receptor del sentido común cuando se les vende bien ese sentido común, pero también se amoldan de lujo al comportamiento energúmeno si se les perfuma subliminalmente con dicho comportamiento.

Recogiendo la idea expuesta en el párrafo anterior (mi discrepancia con los clubes sobre quiénes son los culpables del desatino), a veces se organizan terapias para amansar a la afición. Pero tratar de amansar solo con palabras a un padre violento es como estamparle una calcomanía pensando que se trata de un tatuaje. La auténtica terapia habría que hacérsela a los clubes. La terapia consiste en erradicar la *trascendencia*. Si se hacen las cosas bien, la cadena funcionará: 1) El club no transmite trascendencia ante una victoria o una derrota. 2) El niño juega tranquilo. 3) Los padres disfrutan del partido sin mirar el marcador. 4) Al subconsciente del entrenador no le llega la vocecita que lo empuja a ganar. 5) Al árbitro no le llegarán las protestas de ningún agente del juego.

Pero la vida es más complicada. A lo mejor el ser humano necesita esa complicación. Igual necesitamos embroncarnos con alguien, ¡no somos más que unos carnívoros agresivos!, y no dudamos a la hora de utilizar a los niños en nuestras guerras delirantes.

Por todo lo expuesto, mientras entraba en la oficina del Registro de la Propiedad Intelectual, tenía una insaciable curiosidad por saber cómo sería acogido este libro. ¿Crearía polémica? Al menos esa es mi intención: provocar. Provocar para aportar. Si metemos los dedos en algunas gargantas igual conseguimos hacer vomitar veneno hasta lograr extirparlo.



## LA JUGADA FAVORITA

### (Domingo)

Arturo se ajusta los pantalones y ordena a sus compañeros que se preparen para su jugada favorita. También es, cree él, la favorita del entrenador, quien, con las manos disimulando en los bolsillos, aplaude a rabiar con las orejas.

—¡Atención! —grita—. ¡Jugada número uno!

Todos acuden a sus posiciones obedeciendo a Arturo. Para eso es el capitán. Además, hace dos días cumplió trece años y hoy quiere celebrarlo por todo lo alto. Bartolo, en el banquillo, se muerde las uñas. ¿Cuándo le tocará salir? Contrariado, mira al entrenador, pero este no parece percatarse de su presencia.

La jugada se hace realidad. Arturo saca de fondo y se la pasa a sí mismo (previo roce en la camiseta de un compañero). Avanza botando el balón. Los chicos de su equipo se desmarcan a derecha e izquierda. Arturo hace un amago de pase a la izquierda; luego a la derecha. Tres jugadores del equipo contrario lo acorralan, pero... ¡Arturo es muy hábil! Es el mejor. Logra evitarlos sin perder su equilibrio ni su balón. Un defensor rival le tira ligeramente de la camiseta, lo suficiente como para que el extremo inferior de esta se salga de su escondite, dentro del pantalón. Sin dejar de botar,

el capitán provoca interrogativamente al árbitro, rogándole con gestos que fulmine con su dictatorial mirada al estúpido niño que lo ha importunado; aunque, eso sí, solo con la dictatorial mirada. Arturo no quiere que le piten falta; ahora no, pues cortaría el desarrollo de su jugada.

Lucio, el entrenador, se pone en pie. Arturo llega a la línea de triples. Le salen a defender todos los rivales. Todos, sin excepción. El capitán del equipo mira a un lado y a otro. Aunque los números puedan no ser exactos, cree que tiene a cuatro compañeros totalmente desmarcados a su derecha; otros ochenta y tres (más o menos) levantan las manos desde su izquierda, pidiéndole el balón. Dos más lo flanquean; Julián, el pivot, recorre en solitario la zona bajo el aro, varias veces, con los brazos en alto, esperando el ansiado pase que nunca llega. Arturo finta, amaga, simula un pase. Es el momento...

Cuando el entrenador, nervioso, grita y ordena jugada, el capitán se pone a botar. La mesa advierte que se agota el tiempo. ¡Solo tiene siete segundos para decidir!

Arturo, algunas veces, pasa el balón a sus compañeros, pero solo cuando dicho pase va a ser más espectacular que la propia jugada. Por ejemplo, un pase de balón por su espalda hacia un jugador lateral. Sabe que, con este tipo de acciones, la grada se levanta para ovacionarlo y chillar su nombre. Esta vez, Arturo decide entrar. Es su jugada favorita; no va a estropearla al final. Se interna, dribla, se levanta para lanzar... Cincuenta manos enemigas, implacables, cubren el cielo de Arturo, pero él no se rinde. ¡Hay que soltar el balón ya! Sus compañeros, libres de marca, se desesperan esperando el pase. Sin embargo, es la jugada favorita. ¡Arturo tira al aro! Gracias a su habilidad, el balón esquiva algunas manos y logra tocar hierro, pero... luego cae y va a parar a manos de la defensa enemiga.

No importa. Arturo sabe que, a lo largo del partido, tendrá cincuenta mil jugadas calcadas a esa. Es la jugada favorita.

—¡Uyyyyyyy! —grita, en la grada, la persuasiva mamá de Arturo.

Los miembros de su secta, otras madres y padres de algunos de los niños que ahora bajan a defender y de otros del banquillo, festivos por la grandiosa jugada, se suman al lamento.

—¡Qué pena!

—¡Por poco!

—¡Mira que tu hijo es bueno!

Lucio, el entrenador, molesto porque la canasta no se consigue, le da un tirón de orejas a Arturo. Todo habría sido diferente si los dos puntos hubiesen sumado.

¡Arturo! Tenías a Julián solo. Pero está bien, está bien, hay que intentarlo. ¡Vamos, vamos!

Julián, el pívot, agradece las infrecuentes palabras de su admirado técnico. El entrenador cuenta con él por ser el más alto. Julián suele “jugar” muchísimos minutos en cada partido. No tantos como Arturo ni como Bartolo, claro. Las estrellas son intocables, eso se lo ha enseñado su profesora de Ciencias Naturales.

En el descanso, el equipo local pierde de treinta puntos. ¡Qué lástima!

—¿Cómo podemos ir perdiendo de tanto, con lo bien que está jugando tu hijo?

La madre de Arturo, quizá la más concienzuda, da la explicación que contenta a sus parroquianos.

—¿Es que no lo ves? ¡El árbitro nos está machacando!

Acto seguido, también quiere dejar claro que, si las cosas no salen bien, la culpa no es de su hijo, sino del resto.

—El problema es que están defendiendo muy fuerte. Por ejemplo, cada vez que Arturo coge un balón le salen ochenta tíos. Yo creo que los demás niños nuestros deberían estar más atentos a los bloqueos para que, el que lleva el balón, o sea, mi hijo, pueda entrar fácilmente al aro contrario.

Quando el partido se reanuda, los pitos con que habían despedido a los árbitros se transforman en merecidos insultos por su vergonzosa actuación. ¿Por qué los colegiados permiten al otro equipo marcar con tanta contundencia a un solo jugador?

Cuatro jugadores del equipo local salen a la cancha. ¿Quién sería el quinto? Cada padre, cada madre, espera, expectante, para ver si le toca a su hijo; ¿contaría el entrenador con él? Pero a la cancha sale, triunfalmente, otra vez, Arturo, con aires de grandeza. Sabe que todos lo miran.

A algunas madres y padres les extraña mucho un detalle. La mayoría de aficionados del equipo contrario sonrían, alegres, cuando el capitán local entra al rectángulo de juego. Parece como si antes prefirieran tenerlo en cancha que en el banquillo. ¿Cómo es posible? ¿Acaso no se dan cuenta de que Arturo es el líder, el mejor, el que puede decidir el partido? ¿Cómo es posible que no le teman? ¡Qué afición más ignorante!

Arturo es muy inteligente. Sabe leer muy bien los partidos. En el quinteto actual está Bartolo. Bartolo es muy bueno. Tan bueno que Arturo lo utiliza para que lo haga mejor a él. Cuando hace pases y jugadas con Bartolo para luego él rematarlas, el baloncesto en el pabellón es de altísimos kilates. En ese tipo de jugadas la afición lo reverencia. El partido se ha puesto cuesta arriba. Tiene que tirar de Bartolo.

—¡Atención! ¡Jugada número dos!

Los niños-florero cumplen su papel a la perfección. Están bien entrenados para distraer y decorar. Su labor consiste en bloquear a los rivales, metiendo los codos si fuere necesario (conscientes de que los árbitros no están pendientes de ellos precisamente), para abrir un pasillo de honor a Arturo y Bartolo.

Arturo la pasa a Bartolo. Al cabo de medio segundo le hace aspavientos para que se la devuelva.

Bartolo no es de los que se achica ante los exabruptos del capitán. Él procede de otro equipo donde había sido capitán. Sabe

lo que eso significa. Significa autoridad y mando. Significa respeto por parte de los demás. Significa que eres el elegido. Has nacido para triunfar, para ser la envidia de tus compañeros. Por eso, la intención oculta de Bartolo es pelearle la capitanía. Tal vez la próxima temporada lo elijan a él. No pensaba ponérselo fácil. Para ir enseñando los dientes, Bartolo no le devuelve el pase en medio segundo. Espera mucho más, tal vez... Tal vez un segundo y medio; o quizá un poco más.

Enrabietado por el acto de indisciplina de Bartolo, Arturo entra hacia canasta por el luminoso pasillo que sus compañeros y amigos le han regalado. ¡Él se merece ese pasillo! ¡Vaya que sí! Se lo ha ganado a pulso, gracias a sus habilidades y a su técnica depurada. Ahora toca rematar. Llega en solitario al aro contrario, se eleva, tira y... ¡Allí jamás falla!

Los dos puntos ponen a la grada en pie, asombrada, con los corazones disparados y la esperanza de la remontada. Cosas más raras se han visto. ¡Y ahora tienen a Arturo en plena racha!

—¡Artuuuuuuurooooo! ¡Artuuuuuuurooooo!

Los aficionados rivales observan, atónitos, a la afición local. La afición local sabe interpretar esas miradas. ¿Les habrá entrado el miedo en el cuerpo? ¿Le estarán viendo las orejas al lobo?

Con la euforia totalmente descontrolada, las mamás y papás afilan la necesaria presión. ¡Ahora toca luchar contra las injusticias del mundo! Terroristas, asesinos, pederastas, violadores, defraudadores, mamás gritonas del otro equipo... Todos esos términos son sinónimos de “árbitros”. El nivel de lógicos y merecidos insultos y humillaciones alcanza el clímax. ¿Por qué permitían que unos jugadores tan corpulentos arrollen a sus indefensos hijos? El entrenador local mira hacia la grada y sonríe, dando su visto bueno y garantizando su apoyo a las víctimas pasivas de las atrocidades arbitrales.

El equipo, que había estado perdiendo de treinta, ¡llega a ponerse a dieciocho puntos! Es el momento estrella de la tarde. Una tarde irrepetible. Arturo lleva unas diez canastas anotadas. Incluso

Bartolo mete algún tiro libre. A punto del infarto, el padre de uno de los niños, tras oír a otro padre del equipo foráneo gritarle al árbitro (“¡Eso es personaaaaal!”), se va a por él, envenenado, cruzando la línea imaginaria que separa a las dos aficiones.

—¿Eso es personal, cacho animal? ¿Qué sabes tú de baloncesto? ¡Eres un mal nacido!

Los demás aficionados del equipo que va ganando contienen a su miembro más exaltado y lo hacen sentar. El acto del colectivo es totalmente impactante e irracional para la afición local. ¿Por qué son tan cobardes? ¿Tienen miedo? ¿Primero “insultan” al árbitro y luego se acojonan? ¿Cómo es posible que no se hayan liado a piñas con el padre de Jorgito?

—¡Están cagados de miedo! ¡Vamos a ganar! ¡Vamos a ganar! ¡A por ellos..., ooéé...!

Al entonar la canción, el entrenador se contagia de la pega-diza melodía y ordena a los jugadores de banquillo que la coreen junto a los padres. Aquel es el minuto de oro.

Cuando Arturo decide que es el momento de echarse el equipo a sus espaldas, demostrando quién es el Mesías, la mala suerte quiere que le frenen sus múltiples intentos de entrar y anotar. Claro... ¡Cobardes! ¡Todos contra uno! Debería haber una ley deportiva que obligara a cada jugador a permanecer junto a su pareja contrincante. Así las estrellas lucirían más.

El equipo rival es capaz de anotar cinco triples seguidos y varias canastas de dos puntos. ¡Y eso que no destaca ningún jugador en especial! No tienen a Arturo. Es absurdo, el balón pasa de mano en mano por todos ellos sin un líder que centralice las jugadas. La suerte debe ser la única responsable de que anoten tantos puntos.

—¡Arturo! ¡Baja tú también a defender! —grita Lucio.

¿A defender? Pero... ¿qué se creía aquel entrenador de paco-tilla? Él está allí para deslumbrar en ataque. Arturo no se considera un defensa. Es el Messi del baloncesto. Y Messi no defiende.



Cuando, faltando veinte segundos, es cambiado por otro jugador en medio de una atronadora ovación, Arturo lanza una patada a las mochilas de sus compañeros de banquillo y se va hacia los vestuarios, blasfemando. No sale a despedirse de los niños del otro equipo. No se merecen su saludo. Además, tiene muchas cosas en la cabeza. El lunes toca hablar con la directiva del club. ¡O...! ¡O se va el entrenador o me voy yo!... O me pone más minutos y echan al comelón de Bartolo.

Arturo sabe lo que va a ocurrir. Los directivos le harán la pelota, le pedirán paciencia y luego convencerán al entrenador para que le pida disculpas “por cualquier cosa”. A partir de entonces jugará más minutos. Un partido dura cuarenta minutos. ¿Por qué él, la estrella, solo está treinta y cinco en cancha?

